

LARS NORÉN

TRILOGÍA DE LA VEJEZ

ANDANTE MÚSICA DE INVIERNO CENIZAS

TRADUCCIÓN DE CARMEN MONTES CANO

ÓMNIBUS TEATRO, 28



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección ÓMNIBUS TEATRO, 28

Títulos originales: *The Aging Trilogy: Andante / Vintermusik / Stoft*

© Lars Norén

Andante, 2014

Vintermusik, 2015

Stoft, 2017

© De la traducción del sueco, Carmen Montes Cano, 2025

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura



Esta traducción fue financiada con una subvención del Swedish Arts Council, cuyo apoyo agradecemos.

**SWEDISH
ARTSCOUNCIL**

Primera edición: septiembre, 2025

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Director de la colección: Felipe Díez

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta y de colección: Joaquín Gallego

Fotografía de solapa del autor: Lina Ikse

ISBN: 979-13-87624-06-4 | Thema: DD | Depósito legal: M-2541-2025

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

Sumario

NOTA A LA EDICIÓN	9
TRILOGÍA DE LA VEJEZ	
<i>Andante</i>	15
<i>Música de invierno</i>	95
<i>Cenizas</i>	171

Nota a la edición

Hablar de Lars Norén (1944-2021) es referirse a uno de los dramaturgos más influyentes y prolíficos de la escena europea contemporánea. Con más de setenta obras teatrales, así como una destacada trayectoria como poeta y director, Norén exploró con agudeza las complejidades del ser humano, abordando desde los conflictos familiares más íntimos hasta las tensiones sociales y políticas más candentes de nuestro tiempo. En Suecia, su país natal, y en buena parte de Europa, Norén es un referente indiscutible, equiparado a figuras como August Strindberg y Harold Pinter por su capacidad para desnudar las emociones humanas, explorar la violencia latente en lo cotidiano y abordar la crudeza de las relaciones de poder tanto en el ámbito familiar como social.

Compararlo con Strindberg no es casual: al igual que el autor sueco, Norén escudriñó las miserias humanas con una intensidad psicológica que incomoda y fascina a partes iguales, mientras que su afinidad con Pinter reside en la maestría con la que utilizaba el silencio, la pausa y la ambigüedad para potenciar la tensión dramática. Pero Norén no fue una mera prolongación de estos maestros; supo forjar una voz propia que se caracterizó por un lenguaje directo, poético y a la vez despojado de ornamentos, que buscaba interpelar al espectador sin concesiones.

Su teatro fue, en muchos casos, objeto de debate público y controversia. Obras como *7:3*, representada con la participación de presos reales, entre ellos un neonazi implicado en crímenes violentos, provocaron un escándalo mediático y derivaron en un proceso judicial tras el asesinato de una policía por uno de los reclusos involucrados en la producción. Este episodio marcó un punto álgido en la carrera de Norén, evidenciando su voluntad de llevar el teatro más allá del escenario y convertirlo en un espejo incómodo de la realidad. Para él, el arte debía ser una confrontación, un espacio donde se cuestionaran las estructuras sociales, las hipocresías colectivas y la condición humana en su forma más vulnerable.

Entre sus obras más reconocidas se encuentran *Natten är dagens mor* (*La noche es la madre del día*, 1982), *Kaos är granne med Gud* (*El caos es vecino de Dios*, 1983) y *Personkrets 3:1* (*Círculo de personas 3:1*, 1998), piezas que consolidaron su reputación como cronista implacable de las zonas grises de la existencia humana. Su dramaturgia atraviesa temáticas que van desde la desintegración familiar hasta la exclusión social, el racismo, la soledad y la decadencia de las instituciones.

El presente volumen reúne por primera vez en lengua española *The Aging Trilogy* (*La trilogía de la vejez*), compuesta por *Andante* (2014), *Vintermusik* (*Música de invierno*, 2015) y *Stoft* (*Cenizas*, 2017). Estas tres piezas dialogan entre sí para ofrecer una mirada sincera, a veces descarnada, sobre la vejez, la memoria, la soledad y las relaciones humanas en el ocaso de la vida. Lejos de ofrecer un retrato complaciente, Norén penetra en los pliegues emocionales de sus personajes con un lenguaje afilado, poético y directo, exponiendo sin tapujos las contradicciones que acompañan el paso del tiempo.

En *Andante*, el escenario de una residencia de ancianos se convierte en microcosmos de la sociedad, donde las jerarquías, las rivalidades y los afectos se entrecruzan en un ambiente cargado de nostalgia y resignación. *Música de invierno* transporta al espectador a un paisaje invernal donde la naturaleza refleja la introspección y el aislamiento de sus protagonistas. Finalmente, *Cenizas* cierra la trilogía con una reflexión punzante sobre la mortalidad y la disolución de la identidad, enfrentando al espectador con la inevitable transitoriedad de la vida.

La decisión de editar estas obras responde a la necesidad de acercar al público hispanohablante a uno de los autores fundamentales del teatro europeo. La trilogía aquí presentada no solo dialoga con las inquietudes universales sobre el envejecimiento, sino que también conecta con las preocupaciones contemporáneas acerca de la soledad, la dignidad y la memoria en sociedades cada vez más individualistas. Norén invita a mirar de frente lo que a menudo se prefiere ignorar: la vulnerabilidad humana en su estado más crudo.

Para el lector y espectador español, esta publicación representa la oportunidad de descubrir a un autor que, sin concesiones, ilumina la oscuridad de lo cotidiano con una prosa cargada de verdad. Sus personajes, aunque situados en contextos suecos, resultan reconocibles y cercanos, pues enfrentan dilemas que trascienden fronteras y culturas.

En tiempos en los que se busca el entretenimiento inmediato, Norén propone una pausa para pensar, sentir e incomodarse. Su teatro no adormece, sacude.

Este libro no pretende ofrecer respuestas fáciles. Por el contrario, abre interrogantes y provoca una reflexión honesta sobre el transcurso de la vida. Norén no busca consolar, sino hacer pensar, incomodar y, sobre todo, generar un espacio donde el lector pueda encontrarse a sí mismo en los silencios, las palabras y las ausencias de los personajes. Si algo define a Norén es su capacidad para crear textos que funcionan tanto en la escena como en la lectura íntima, dejando huellas profundas en quien se acerca a ellos.

Desde la editorial, consideramos que el teatro, además de ser representado, debe ser leído. Y pocas dramaturgias contemporáneas ofrecen una experiencia de lectura tan rica como la de Lars Norén. Esperamos que estas páginas sirvan de puerta de entrada a su vasto universo teatral y, sobre todo, que inviten a la conversación, al cuestionamiento y a la empatía.

Bienvenido a este viaje por la memoria, la música del invierno y las cenizas que, inevitablemente, somos y seremos.

LOS EDITORES

TRILOGÍA DE LA VEJEZ

ANDANTE

Biblioteca del Real Teatro de Arte Dramático

Versión teatral del Dramaten

PERSONAJES

A

B

C

D

E

F

LA HIJA

EL HOMBRE

ADVERTENCIA

Es preciso conseguir que un público dado comprenda que en el escenario no se va a desarrollar una trama, arrebatárles la expectativa de una acción dramática y de sucesos que conducen a una explicación.

Acto 1

La luz sube lentamente. Bajan paredes y techo.

Una sala amplia con escasos esqueletos de muebles.

En una esquina de la sala, un espejo alto.

Luz inmóvil e inalterable que a veces desaparece inexplicablemente. Lleva unos instantes distinguir si las personas son una mujer mayor o un hombre mayor, hasta tal punto se parecen por el aspecto, los movimientos y las voces.

Es fácil interpretar a las personas como esculturas vivientes, y tienen tendencia a sumirse en una inmovilidad inaprensible.

A. Qué bonito es esto.

B. ¿El qué?

A. Bueno, es bonito, ¿no...?

B. ¿Esto?

Silencio.

A. Para lo horrible que es... Si lo piensas bien.

B. ¿Qué es lo que es bonito?

Silencio.

C. Ese está ahí sentado con la boca abierta.

A. Pues eso no se hace, ¿no?

C. De par en par.

A. Pues eso no se hace, ¿no?

Silencio.

- C. Quién sabe lo que podría entrar volando.
- B. *(Levanta la vista.)* ¿Qué dices?
- A. Pues eso no se hace, ¿no?
- B. No, ¿de qué iba a servir?
- C. ¿Hoy hemos comido?
- B. Eso no le ha servido nunca a nadie, que yo sepa.
- C. ¿Ya? *(Breve pausa.)* ¿Hoy también?
- A. Pero si nosotros pagamos por estar aquí. *(Con nerviosismo.)* ¿Verdad?
- B. Pues claro, qué íbamos a hacer si no... por esta mierda. Solo faltaba.
- C. ¿Me han puesto de comer hoy? ¿Alguien lo sabe?
- B. Otra vez vuelve a estar oscuro, joder.
- A. ¿Qué es lo que falta?
- C. ¿Cuál era el menú? ¿Alguien se acuerda?
- B. ¿Con quién hablas?
- C. ¿Que con quién hablo?
- B. Si aquí no hay nadie.
- C. Pues con cualquiera. ¿Qué pasa? *(Breve pausa.)* Yo puedo hablar con quién me dé la puta gana.
- A. Pero... nosotros también somos horribles, ¿verdad?
- C. Habla por ti.
- B. ¿Qué has dicho?
- A. De lo contrario no estaríamos aquí... aprendiendo italiano.
- C. ¿Tú qué haces aquí?
- A. ¿Eso es italiano?
- C. ¿Tú qué haces aquí? *(Pausa.)* ¿Quién eres? *(Breve pausa.)* Sí, tú. Tú. ¿Quién eres tú?
- B. Y tú, ¿quién eres?
- C. ¿Qué dices? Habla más alto. No oigo lo que dices.
- B. Mejor para ti.
- A. ¿Falta algo?

- C. Sí, faltan muchas cosas. *(Pausa.)* Yo tengo derecho a estar aquí. Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí. Nadie más que yo tiene derecho absoluto a estar aquí. Yo decido quién tiene que estar aquí. Que lo sepas. Soy el jefe. Capo.
- A. Pero no has dicho lo...
- B. Yo no he dicho nada. Intento no decir nada. ¿Es que no puedes quedarte quieto ahí sentado ni cinco segundos?
- A. ¿Hay algo que eches de menos?
- B. Que eche de menos... Sí, a ti.
- C. Ahí tienes.
- A. Dime... Dime... Dime... qué es.
- D. *(Se despierta.)* ¿Qué es? *(Breve pausa.)* ¿Papá?
- C. *(Se inclina hacia B, un tanto amenazante, concentrado.)* Yo estaba aquí mucho antes que tú. Siempre he estado aquí.
- D. ¿Y yo dónde estoy?
- C. Este es mi hogar.
- B. ¿Hogar?
- E. Hogar, sí.
- C. No sé quiénes sois.
- A. Pues yo pienso que debería venir. Ya va siendo hora.
- C. Ahí suelo sentarme yo por la noche solo en el sofá con una taza de café a ver los programas que hay en la tele. En la tele saben un montón de cosas y lo relacionan todo, diagramas bien hechos y estadísticas. Por lo general me gusta ver el anuncio de limpieza y ver cuánto cuestan los distintos hoteles aunque uno puede alojarse en la misma habitación a distinto coste. Cuando Diana murió yo me puse a ver las noticias. Toda la noche, hasta que todo acabó y se la llevaron.
- A. Si no tuviera ya tanto que acarrear entraría en la tienda Sidenhuset y compraría crema de la buena.
- C. Ahí tienes, te has quedado sin palabras.
- A. ¿No estaría rico?
- D. ¿He dormido? ¿Qué hora es?
- C. ¿Y para qué quieres saberlo?

- D. Estaría bien.
- C. Estaba sentado con la boca abierta y le entraban volando un montón de moscas que se cagaban.
- A. *(Con nerviosismo.)* Yo no sé qué es lo que me pasa.
- B. Sí lo sabes.
- A. Sí lo sé.
- B. *(Levanta en alto el libro que había en su silla.)* ¿Yo he leído esto?
- C. ¿Es que no lo sabes?
- B. ¿Lo he leído?
- C. Digo que si no lo sabes.
- B. No estoy hablando contigo.
- C. Ni yo tampoco, so imbécil.
- B. Haz el favor de respetar eso.

Entra alguien de personal y sacude las sábanas.

- A. ¿Puedo pedir un vaso de agua?
- B. *(Con cierta preocupación.)* ¿Lo he leído ya una vez? *(Intenta leer el título con dificultad.)* No... No lo recuerdo... No recuerdo de qué trata. ¿De qué trata?
- C. De alguna mierda innecesaria.
- B. Entiendo que no voy a tener que leérmelo entero otra vez si ya lo he leído.
- A. ¿Qué has dicho?
- B. ¿De dónde ha salido? ¿Qué libro es? ¿Quién lo ha puesto aquí? No sé si es mío o si alguien se lo ha dejado aquí olvidado, aunque ahí pone mi nombre.
- C. ¿Y quién iba a ser? ¿Tú crees que la gente viene y se olvida cosas aquí?
- B. ¿No puedes dejarme en paz, joder?
- D. Calma, calma, calma...
- A. Oye. *(Se inclina hacia delante.)* ¿Por qué no lo dejas ya?
- B. ¿Dejarlo?
- C. Sí, eso mismo digo yo.

- A. Sí.
- B. ¿Qué es lo que quieres que deje?
Solo quiero enterarme de si lo he leído o no. Por estar seguro. Por asegurarme... para no leerlo sin necesidad, si ya lo he leído. Puede que tenga mejores cosas que hacer. ¿Verdad que sí?
- C. Yo creo que estoy pegado a la silla. Si me levanto, se viene detrás.
- B. *(Más silenciosamente.)* ¿Adónde ir?
- A. En fin, no sé... Quizá esté escrito en alguna parte. ¿Él ha estado aquí ya? *(Pausa.)* ¿Sí o no? ¿Ha estado aquí ya?
- B. ¿Quién? ¿Quién ha estado aquí?
- A. El que iba a venir... ¿Ha estado aquí ya?
- C. No.
- B. Aquí no ha venido nadie más que nosotros desde el origen de los tiempos. No que yo recuerde. Y a mí la memoria nunca me ha fallado, por desgracia.
- C. No, pero todo lo demás.
- A. ¿Estás seguro?
- B. Aquí no ha venido nadie.
- A. ¿Cuándo?
- B. Desde hace una eternidad.
- C. Solo los desgraciados que estamos aquí, más o menos.
- B. ¿Quién iba a venir? ¿Quién iba a venir aquí voluntariamente?
- A. ¿Y eso cuándo?
- E. ¿Tienes oxiconona? Esas que son azules, blancas, verdes, amarillas, cuarenta miligramos?
- C. Ahora vuelve a fallar la luz, mierda. Ya no se ve casi nada. Exactamente igual que ayer y que anteayer. Todos los días. Y hay que quedarse aquí sentado a oscuras sin que ocurra nada.
- A. ¿Cuándo no estuvo aquí...?
- B. Te digo que nosotros somos los únicos que estamos aquí, que hemos estado aquí.
- D. Y además aquí dentro el aire está tan viciado que te sientes como si fueras a asfixiarte.

- C. Sí, eso es lo que tratan de hacer seguramente.
- D. Desde luego, da que pensar.
- C. Al menos podrían abrir una ventana de vez en cuando.
- D. Sí, no estaría de más.
- C. Será porque temen que alguien se tire por ella.
- D. ¿Que se tire?
- C. Que se tire.
- A. ¿O fue ella? A lo mejor fue ella... ¿Cómo se llama?
- B. Nadie, ya te lo he dicho. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?
- A. ¿Tú recuerdas si me puse... si llevaba puesto este vestido?

Pausa.

- D. Ya, pero tener una ventana abierta también cuesta dinero, ¿no?
- C. Claro, supongo que piensan en todo.
- D. No podemos costarles nada.
- C. Es lo que yo digo. Puro reino de los muertos.
- D. Desde luego que sí... Así es como me lo imagino.
- B. ¿Estabas pensando en Lukas?
- A. ¿En Lukas? ¿Estaba pensando en él?
- B. Qué sé yo... en qué piensas... si es que piensas.
- C. ¿En qué va a pensar uno?
- A. Sí, creo que sí. Creo que estaba pensando en Lukas. El pequeño Lukas. El pequeño Lukas muerto. Lukas en la canoa. A saber cómo pudo pasar. Me pareció que estaba de pie allí esperando entre nosotros, como en la iglesia. ¿Cuántos años tiene ahora? (*Pausa.*) ¿Se llama Lukas?
- B. Sí, si es en él en quien estás pensando.
- D. Yo creo que tanto en Marcos como en Lucas hay textos que son exactamente iguales, como si los dos hubieran vivido el mismo suceso, y seguro que eso fue lo que pasó, o quizá se plagiaron mutuamente, pero esos textos no están en Juan. Ahí no los encuentras.
- C. ¿Es fallo mío o es fallo de la luz?

- B. Las dos cosas, seguramente.
- C. No te estaba hablando a ti, que lo sepas.

Pausa.

- A. Suelo pensar en él.
- E. Está bien.
- B. Sueles pensar en él.
- A. Es bonito pensar en él. Me pone contento.
- C. Hay alguien que se pone contento.
- A. Sí, la verdad, en cierto modo.
- C. Yo me alegraré cuando me haya muerto, pero ¿de qué servirá entonces?
- A. Pero ¿dónde está ahora? *(Breve pausa.)* ¿Quién puede decírmelo? ¿A quién podría preguntarle? Aquí no conozco a nadie.
- C. Ya, esto es un verdadero infierno.
- D. No, lo que pasa es que habrá que...
- B. Lukas y Linnéa.
- A. ¿Linnéa?
- B. Sí, así se llamaba. Tú querías ponerle ese nombre.

Silencio.

- A. Tienen que ser los niños...
- B. Sí, los nuestros. Nuestros niños. Bueno, lo que se dice niños... Lukas, Linnéa y Lisbeth.
- A. ¿Te refieres a ellos?
- B. ¿Quiénes iban a ser si no?
- A. No pueden ser otros. Ahora ya estarán mayores. Ahora ya estarán todos muertos.
- B. Lisbeth no. Lisbeth sigue viva.
- A. Bueno, ¿y dónde están? *(Mira a su alrededor, está a punto de levantarse.)* ¿Dónde se han metido todos?
- B. Lisbeth estará en el trabajo, supongo, donde debe estar.

- A. Lukas y Linnéa... ¿Y quién más?
- B. Lisbeth.
- A. Eso, Lisbeth.
- B. Ella está viva... O eso espero.
- E. Este es un puño de obrero de verdad. La guerra napoleónica – la marcha hacia Moscú.
- C. ¿Te pasa algo en los ojos?
- D. Sí.
- C. Ya, se nota.
- D. Estoy casi ciego.
- C. Sí, yo también.
- D. Ya no hay ninguna diferencia entre luz y oscuridad.
- C. No hay mucho que distinguir.
- D. Ahora tampoco puedo escribir... Aunque hace tiempo que lo dejé.
- C. Sí, qué se le va a hacer.
- D. Ya. Todo debe tener un final.
- C. Pero parece que está tardando.
- D. Me gustaría haber escrito un libro sobre Simone Weil... Tanto como lo intenté durante muchísimos años, pero resultó ser muy grande... demasiado grande. Un esfuerzo muy grande. Quería escribir sobre ella porque detestaba a Simone de Beauvoir, aquella pequeñoburguesa consentida. Bataille era un puro montón de mierda. Él ... Bataille.

Se quedan sentados muy quietos, como si se hubieran muerto. Transcurre un minuto.

- A. *(Saliendo de la inmovilidad con un sobresalto.)* ¿Dónde se han metido todos? Aquí suele haber muchísima gente. *(Más alto.)* ¿Dónde están?
- B. No tan alto... Que entonces vienen todos corriendo.
- C. Y nos golpean con las cucharas.
- A. ¿Dónde están todos?

B. Cállate.

A. (*Bajito.*) ¿Dónde están, dónde están, dónde están ahora?

C. Entonces no puedes ver lo elegante que es el hombre que hay aquí sentado.

D. No, no...

B. Pues Lisbeth estuvo aquí ayer.

A. ¿Ayer? (*Breve pausa.*) ¿Lisbeth?

B. Estuvo aquí ayer, y parecía triste.

A. ¿Tanto tiempo hacía...? Por Dios...

B. Ayer. Con el consabido dolor de cabeza.

C. ¿Escribes? ¿A qué te refieres?

D. Ya, eso mismo me pregunto yo.

C. ¿Cartas?

D. No, ¿a quién iba a escribirle cartas? (*Breve pausa.*) Antes recibía la visita de traductores de todo el mundo... Pero no podía ayudarles.

B. Ella y su marido estuvieron aquí ayer de visita. Estuvieron aquí una hora entera. Ahí sentados en el sofá, y estaban molestos y luego tuvieron que irse. A algún sitio.

A. Fíjate, estuvo aquí. Fue muy agradable. Y nadie dijo nada. (*Breve pausa.*) Debería venir más a menudo, y traerse al feo del marido. Que es una vergüenza.

B. Pero si él también vino. Estuvo ahí sentado. ¿Tampoco te acuerdas de eso?

C. Yo nunca tengo visita. ¿Quién iba a venir a verme?

B. (*Quedamente.*) No, claro, ¿quién iba a querer verlo?

D. Bueno, no recibir visitas puede ser un alivio.

C. Al menos es un alivio cuando se van.

D. Yo ya no conozco a tanta gente... que esté viva.

A. (*Vagamente.*) Yo no conozco a nadie aquí. No sé quiénes son. No sé de dónde vienen.

D. A mí seguro que me tienen olvidado. (*Risita.*) Pronto seré uno de los que ni siquiera son recordados por olvidados... incluso en sus propios recuerdos.

- C. No, no hay mucho en lo que tener esperanza.
- A. Vienen y van.
- D. Hablando de Miguel Ángel.
- C. Por suerte.
- A. Era muy distinto en el otro sitio, donde estuvimos viviendo una vez... Donde nos criamos.
- B. Sí, sí, en casa.
- A. Antes, sí. Qué a gusto se estaba allí. Allí tenía yo mis cosas. Y siempre sabía dónde estaba todo... hasta que desaparecieron, uno detrás de otro.
- B. Ya no estamos allí, y no hay más.
Ella nos lo arrebató.
- A. Era mucho más acogedor en todos los sentidos.
- B. Y no vamos a volver nunca.
- A. *(Se inclina hacia delante y le coge la muñeca izquierda.)* ¿Verdad que sí era más acogedor?
- C. No sabe uno si está durmiendo o si está despierto.
- B. Hoy tampoco te has puesto los zapatos.
- C. Es prácticamente lo mismo.

Silencio.

- A. ¿Has visitado la tumba?
- B. ¿La tumba? ¿Cuándo?
- A. Cuando has ido allí. ¿No has ido allí?
- B. Sí..., pero hoy no.
- A. ¿Cómo era?
- B. Es una tumba, una tumba normal y corriente.
- A. ¿Ah, sí?
- B. Sí. Y no hay más. Nadie resucitó.
- A. ¿Quiénes son los que están allí?
- B. ¿Dónde?
- A. En la tumba. *(Pausa.)* ¿Has dicho algo?

- B. Sí.
- A. ¿Qué has dicho?
- B. Nada.
- A. ¿No has dicho nada?
- B. ¿Qué iba a decir?
- A. ¿Cuando estuviste allí? (*Breve pausa.*) ¿No dijiste nada entonces?
- B. ¿Por qué iba a decir algo ahora?
- A. ¿Cuando estuviste allí?
- B. Supongo que ya no hay nada que decir. (*Observa el libro con el espanto en la mirada.*) ¿Qué es esto? ¿Qué es? ¿Qué es?
- C. Un libro. Un puto libro normal y corriente, que siempre llevas encima.
- B. ¿Un libro? En busca del tiempo...
- C. Sí, al que te aferras.
- B. Ah, sí... ¿De dónde ha salido?
- C. Es tuyo, ha sido tuyo todo el tiempo.
- B. Sí. (*Breve pausa.*) Ya te dije que se te había olvidado ponerte los zapatos... Mira.
- A. Sí. (*Lo coge de nuevo por la muñeca izquierda.*) Lo sé, lo sé, no te preocupes. Yo puedo andar sobre las aguas.
- B. No llevas zapatos y tampoco llevas calcetines.
- D. No me dejaba decirle mamá, tenía que decirle Claire, si no se enfadaba. Claire... Vaya nombrecito. No había mucho de Claire allí, la verdad.
- A. (*Tiene la impresión de haber visto a alguien en la ventana, o en el espejo, alguien a quien no se ve, se levanta.*) Ahí fuera hay una señora mayor... (*La señora la saluda con la mano.*) que está saludando con la mano bajo la nevada.
- B. ¿Saludando?
- C. ¿Y quién es?
- A. Sí, está saludando... saludándome a mí. ¿Es a mí?
- B. Yo no veo a nadie.
- C. Ni yo.
- A. ¿No la veis? Seguro que tiene frío, con el tiempo que hace.

B. Pero si eres tú. Eres tú misma la que saluda. Estás ahí saludándote a ti misma. Para y lo verás.

A. Pero si veo que está... Acaba de parar.

B. Eres tú, nada más. *(La sienta en la silla.)* Siéntate aquí y quédate tranquila.

A se ve obligada a sentarse, no puede dejar de mirar hacia la ventana o al espejo.

D. *(Se sobresalta, se yergue en la silla.)* ¿Dónde estoy?

C. ¿Por qué preguntas?

D. Pues es que... he debido de quedarme roque.

C. Pero sigues vivo.

D. Sí, eso parece. *(Breve pausa.)* ¿Ha pasado algo?

C. Nada de nada.

Pausa.

D. ¿No ha muerto nadie?

C. No, qué mierda... todavía no, pero ya morirá.

E. Decimos que vamos a casa, pero en realidad nos referimos a esto.

B. ¿Qué significa casa?

E. Casa es mi madre.

B. Que te abandonó cuando tenías dos años, según dijiste.

E. No me abandonó, se murió.

Pausa.

A. Música, música... música maravillosa...

B. ¿Dónde has dejado los zapatos?

A. ¿Oyes la música?

B. ¿La música?

C. ¿Qué música?

Silencio.

A. ¿No la oyes...? ¿La música?

B. No oigo nada de nada.

A. La reconozco... Sí, tiene que ser...

B. Lo único que yo oigo son las dichasas voces que no paran de parlotearme todo el tiempo al oído, el izquierdo. *(Se señala la oreja.)* Y hoy es peor que nunca, joder, como si hubiera un montón de putos monos esperando que les den de comer. Si no fuera porque estoy acostumbrado, me volvería loco. Lo de hacerse mayor no tiene más que ventajas, ¿a que sí?

D. Bueno, no tenemos mucha elección.

B. Es un puto trabajo a jornada completa.

D. Ya, pero yo no creía que fuera a durar tanto.

C. No.

D. Solo me quedan siete prendas y las llevo todas puestas. El resto lo he tirado.

A. *(Susurrando.)* Calla. Ahora viene esa parte tan bonita... como Bagarmossen...

B. Si al menos dijeran algo que se entendiera... Pero es un maldito parloteo... putos monos.

A canturrea al compás de la música inaudible.

D. Tienen los ojos muy tristes.

B. ¿Quiénes?

D. Los monos. Sobre todo los macacos pequeños. Se los ve tan desesperados... Tan indefensos y abandonados... Con los bracitos extendidos, como si hubieran vivido el pecado original.

E. Son bastante desaseados.

B. Hablan algo así como ruso, o lo que demonios sea.

D. Igual que nosotros los humanos.

A. Es curioso que nadie más sea capaz de oírlo.

D. Sí, si uno no tuviera esas ansias tan pueriles de luz...

B. Le han dado unas deportivas y un par de buenos zapatos marrones, aparte de las zapatillas de casa, pero ¿dónde están?

- D. Pues no te sabría decir. A mí me cuesta saber dónde tengo mis pobres bártulos.
- E. Tú has tenido que ser muy guapa antes, ¿no?
- C. ¿Se los habrá comido?
- B. *(Más alto.)* ¿Dónde coño has metido los zapatos?
- C. No tiene ningún sentido preguntarle a ella.
- D. Uf, tengo la sensación de que me estoy asfixiando... como si estuviera hundiéndome en...
- B. ¿Y a quién le voy a preguntar si no? *(Le da un empujón a A.)* A ver, los zapatos. Esos zapatos marrones nuevos que te han regalado, ¿qué has hecho con ellos? *(Breve pausa.)* Deja de escuchar esa dichosa música. *(Pausa.)* Molesta.
- D. No creo que moleste a nadie.
- C. Voy a sentarme, es cansado estar de pie.
- A. Mamá. *(Mira al techo.)* Mamá...
- D. Está diciendo mamá. *(Breve pausa.)* Sí, claro, siempre la llamamos a ella. *(A E, que está con el anzuelo.)* ¿Qué es eso?
- E. Perdón, nada, un anzuelo que me he encontrado.
- A. Gustav y yo estamos sentados en el bosque con el disco en la mano y escuchamos mientras el sol se filtra por entre los árboles.
- D. Por viejos que seamos.
- C. ¿Qué ha dicho?
- A. Y, si sostenemos el disco con cuidado, oiremos la música de nuevo.
- B. Me voy. Pienso irme. *(Sigue sentado.)* Pienso irme.
- D. Ha dicho mamá.
- B. ¿Has oído lo que he dicho? *(Breve pausa.)* Me voy.
- A. Por favor... No hables... Gustav y yo estamos escuchando la música. Queremos estar tranquilos. Queremos escuchar la música.
- B. ¿Qué música ni qué música? Aquí no hay ninguna música.
- A. Cuidado, cuidado no se vaya a romper el disco.
- B. ¿Qué coño podemos hacer?
- A. Ten cuidado con él.
- B. ¿Es que no se va a acabar nunca?

A. Costó muchísimo. Estuvimos ahorrando un año entero para poder comprarlo. Es el único que tenemos.

B. Ya, seguro.

A. Y ni siquiera tenemos tocadiscos. (*Silencio. A se viene abajo.*) Mira, la has matado. Se acabó. Ya se acabó. Todo se acaba tarde o temprano. Por bello que sea.

C. Sí, es lo único que sabemos con certeza.

B. Tienes que ir al baño.

C. Y el escroto cuelga arrugado y vacío.

Silencio.

Mientras D habla, va oscureciendo despacio.

D. Claro, cuando uno está solo es difícil hacerlo todo. Antes vivía con mi hermano, pero murió, por desgracia. Hace ya seis años. Todavía me entristece después de tanto tiempo, a pesar de que no puede decirse que tuviéramos una relación muy estrecha, éramos muy distintos, pero éramos hermanos y estábamos acostumbrados el uno al otro. Claro que el tiempo no significa nada. Él estaba muy atado a nuestra madre. Podía pasarse horas sentado viendo fotografías de cuando era una jovencita, como si ella hubiera sido su único gran amor y su único deseo, y seguro que lo fue. Al final de su vida se hundió más aún en la depresión y tuvo que pasar largos periodos en una clínica psiquiátrica, y la verdad es que resultaba interesante ir a verlo allí, pero diría que lo peor fue ver que poco a poco iba perdiendo la personalidad y se volvió raro, sin personalidad, anodino. Nada le interesaba, ni personas ni libros, y al final cuando terminó por quedarse tan paralizado empezó a sufrir un accidente tras otro, resbalaba en la acera y sufría una fractura de cadera o se estampaba contra una puerta cerrada, y una vez atravesó con el brazo una ventana que se le había ocurrido que tenía que limpiar y se cortó la mano derecha entera y... Bueno, no lo recuerdo todo. No sé cuánto tiempo he pasado en hospitales, para visitarlo a él... Pero él ya no está, así que ¿a quién voy a visitar ahora? A veces puedo imaginármelo ahí, en el jardín, con mi madre, que no es más que una jovencita... doce años, quizá. Su único amor.

Va haciéndose la luz poco a poco.

B. Despierta. Vamos a ir al baño. (*Empuja a A.*)

A. No, gracias.

B. Veo que necesitas ir. Levántate y mantente en pie.

A. No quiero.

B. No es cuestión de querer, la necesidad no tiene leyes.

C. Pues sí, aquí huele a cerdo viejo... con quien alguien se ha topado.

D. Estoy hablando de mi hermano.

C. Ah... ¿Cómo está?

D. Pues está muerto.

C. Ah, vaya. Son cosas que pasan.

D. De niño le encantaban las películas antiguas y era lo único que quería ver. Tan tranquilo y tan contento.

C. Sí, eso puede estar bien.

D. Mientras el tiempo pasaba.

C. Siempre y cuando uno oiga lo que dicen... Porque ahora ya están muertos.

D. Sí, claro, esperemos.

B. Tengo que irme.

A. Ah, adiós.

B. ¿Lo entiendes?

C. ¿Adónde vas?

A. *Bon voyage.*

C. Por aquí no se puede pasar.

B. Y tú tienes que quedarte.

A. ¿Te vas lejos?

B. Y tú tienes que quedarte.

A. ¿Tengo que quedarme?

C. ¿Es que te crees que no hay más que irse de cualquier manera?

B. No estoy hablando contigo.

C. Me importa una mierda.